

ras; pero no sucedió así. El furor se apoderó de todos los corazones, los salvajes se reunieron en tumulto y deliberaron atropelladamente. El infierno que veía sus designios próximos á ser desconcertados, procuró salvar el culto del sol del imprevisto ataque de los franceses. Satanás convocó los espíritus de tinieblas, y les mandó apoyar á los natchez por todos los medios que plugo á Dios dejar al arbitrio del genio del mal. A fin de dar á los indios el tiempo necesario para prepararse, el príncipe de los demonios desencadenó un huracán, y desbordando el Meschacébé, hizo impracticables por algunos días todos los caminos. Aprovechando la tregua que la tempestad les concedía, los natchez enviaron mensajeros á las naciones limítrofes, y toda la juventud acudió en su auxilio.

Chepar esperaba que la tempestad calmase para marchar á la ciudad principal de los Natchez. La sesta aurora devolvió á la naturaleza la deseada serenidad, y vió á los soldados franceses llevar adelante sus banderas; pero la inundación de la llanura obligó al ejército á dar un largo rodeo.

No bien la Fama anunció á los natchez la aproximación del enemigo, el aire resonó con agudos gemidos; las mujeres huían llevando sus tiernos hijos sobre sus hombros y dejando los manítus colgados de las puertas de las abandonadas cabañas. Veíase agitarse á los guerreros, que no habían tenido tiempo para prepararse al combate ni por los ayunos, ni por las bebidas sagradas, ni por el estudio de los sueños. El grito de guerra, la canción de muerte y el ruido de la danza de Areskouí, mezclábanse y confundíanse por todas partes. El batallón de los Amigos y la tropa de los mancebos se disponían á bajar á la región de las almas: Outougamiz capitaneaba aquel batallón sagrado. Solo Outougamiz se mostraba triste por no tener á su lado á su compañero, el guerrero blanco.

Celuta fue á buscar á su hermano, y abrazándole tiernamente le rogó no espusiese su vida: «Recuerda, le dijo, ¡oh mi águila protectora! que he nacido contigo en el nido de nuestra madre; el cisne que por amigo has elegido ha tendido el vuelo á lejanos rios; Chactas está prisionero; Adario recibirá acaso en breve la muerte; d'Artaquette pelea en las combates filias; ¿quién me queda si te pierdo?»

— ¡Hija de Tabamica! respondió Outougamiz, acuérdate del banquete fúnebre. Si el hombre blanco se hallase aquí, le pertenecería el cuidado de tí; pero mira sobre mi corazón su manítu de oro; él me preservará de todo peligro, porque me ha hablado esta mañana y me ha dicho cosas secretas. ¡Tranquilízate, pues, é invoquemos la Amistad y los genios que castigan á los opresores! No creas que los franceses son los mas numerosos; al combatir por los huesos de nuestros padres, nuestros padres combatirán por nosotros. ¿No ves, no ves á nuestros abuelos alzarse de sus sepulcros? ¡Valor! nos gritan, ¡valor! no permitais que el extranjero profane nuestras cenizas, que nosotros corremos á vuestro auxilio, con las potestades de la noche y de la tumba! ¡Crees, Celuta, que los enemigos podrán resistir esta pálida milicia? ¡Oyes la Muerte, que marcha á la cabeza de los esqueletos, armada con una maza de hierro? ¡Oh Muerte! no tememos tu presencia, que tú no eres para nuestros corazones inocentes sino un genio benéfico.»

Así habló Outougamiz en la exaltación de su alma. Celuta fue llevada á los bosques por Mila y las matronas.

Toda la fuerza de los Natchez consistía en la tropa de mancebos que los sachems habían situado en derredor de los bosquecillos de la Muerte. Los sachems, por su parte, formaron un batallón que se reunió en los bosques á la entrada del templo del sol: así reparada, la nación habíase puesto bajo la protección de los sepulcros y de los altares. Una admiración profun-

da embargaba el alma al aspecto de aquellos ancianos armados; veíase agitarse en la oscuridad del bosque sus cabezas canas ó blancas, cual las plateadas aguas de un río, bajo la bóveda de las encinas. Adario, jefe de los sachems, á quienes escedía en toda la frente, semejava el antiguo estandarte de aquella tropa patriarcal. No lejos de allí, el gran sacerdote hacia sacrificios en una hoguera, consultaba los espíritus y solo predecía infortunios. No de otro modo, al acercarse las tormentas del invierno, cuando la brisa vespertina esparce el olor de las hojas secas, la corneja, posada sobre un árbol marchito, pronuncia siniestras palabras.

Pronto, saliendo del fondo de un valle, se presentó á los deslumbrados ojos de los natchez toda la magestad de las tropas francesas, semejante al fuego anual con que los salvajes consumen el mustio follaje, y que se estiende como un ardiente lago. ¡Indios! vosotros sentisteis ante aquel espectáculo una especie de asombro frenético; la idea de la patria, estasiando vuestras almas, las hacia superiores al terror. Vosotros contemplábais las ondulaciones regulares, los acompasados movimientos y la admirable disciplina de aquellos soldados. Sobre las olas del ejército descollaban las apiñadas bayonetas, á la manera de las hojas de un cañaveral, que tiemblan en la corriente de un río.

Un anciano se presentó ante los guerreros de la Francia: mostraba en una mano el calumet de paz, y con la otra levantó un hacha que chorreaba sangre, cantó y bailó á la vez, y sus cantos y sus pasos estaban mezclados con movimientos tumultuosos y tranquilos. Alternativamente invocaba el furor de los juegos de Areskouí, el ardor de las luchas del amor, el terror de la batalla de los héroes y el encanto del combate de las Gracias y de la lira. Ora giraba sobre sí mismo, exhalando gritos y arrojando el tomahawk; ora remedaba el tono del augur que preside la fiesta de las mieses. El semblante de aquel anciano era rígido, su mirada imperiosa y su frente de metal; todo su continente revelaba al padre de la patria y al entusiasta defensor de la libertad. Este mensajero de los Natchez fue enviado á Chepar; y en medio de multitud de capitanes, sin doblar la rodilla ni siquiera inclinarse, habló en estos términos al general de los franceses:

«Mi nombre es Adario: de padre en hijo, todos mis antepasados han espirado en defensa de su país. Vengo á reclamar, en nombre de los sachems, á Chactas y á proponerte por última vez la paz. Si yo hubiera sido el jefe de mi nación, solo con el hacha en la mano me hubieses visto. ¿Qué pretendes? ¿cuáles son tus proyectos? ¿En qué te hemos ofendido?»

«Intentas acaso degollarnos en las cabañas en que hemos concedido desinteresada hospitalidad á tus padres, cuando débiles y extranjeros, ni aun tenían chozas donde librarse de la intemperie, ni maíz para aplacar su hambre?»

«Si continuas oprimiéndonos, sabe que antes que te cedamos las tumbas de nuestros mayores, el sol se levantará donde se pone; las encinas darán los frutos del nogal, y el buitre alimentará los hijuelos de la paloma.»

«Has violado pérfidamente la fe pública al prender á Chactas, y sin embargo, no he temido presentarme á tí; ó tu corazón se abrirá de nuevo al sentimiento de la equidad, ó comerás una nueva injusticia: en el primer caso, reinará entre nosotros la paz; en el segundo, colmarás la medida. El gran Espíritu se encargará de nuestra justa venganza.»

«¡Elije! he aquí el calumet de paz; ¡fuma! he aquí el hacha de sangre; ¡hiere!»

Como el hierro entregado á la fragua se penetra de una púrpura abrasadora, así el rostro de Chepar se encendió en el fuego de la cólera al oír el discurso

del salvaje. El indómito viejo levantaba su cabeza sobre la estupefacta asamblea, cual la encina americana que abandonada en su suelo natal domina con su inflexible tallo las mieses europeas que á su pié se agitan. Chepar replicó:

«¡Rebelde! este país pertenece al rey mi señor; si te atreves á oponerte á la repartición de las tierras que he distribuido entre los habitantes de la colonia, haré de tu nación un espantoso ejemplo. ¡Retírate, no sea que te haga experimentar el castigo que no he impuesto á Chactas!»

«Y yo, gritó Adario, rompiendo con mano segura el calumet de paz, te declaro en nombre de los Natchez una guerra eterna é implacable; ¡te entrego con todos los tuyos á la feroz Athaénsia! Ven á amasar un pan digno de tus soldados con la sangre de nuestros viejos, la leche de nuestras jóvenes esposas y las cenizas de nuestros padres! ¡Ojalá mis miembros, cuando tu hierro les haya separado de mi cuerpo, se reanimen para la venganza, mis piés marchen solos contra tí, mi cortada mano lance el hacha, mi pecho exánime arroje el grito de guerra, y hasta mis cabellos, cual trama funesta, tiendan en derredor de tu ejército las inevitables redes de la muerte! ¡Genios que me escuchais! ¡Los huesos de los viles opresores sean pulverizados como los fragmentos del calumet deshechos bajo mi pié! ¡Nunca el árbol de la paz estienda sus ramas sobre los Natchez y los franceses, mientras aliente un solo guerrero de las dos naciones, mientras las madres continúen siendo fecundas en ambos pueblos!»

Dijo. Los demonios, al escuchar su espantosa imprecaación, salieron del abismo y llenaron los corazones de infernal furor. El sol se anubló retumbó el trueno, los olvidados manes ahullaron en los féretros, y las mujeres indias oyeron en su seno el largo quejido de sus hijos; Adario arrojó el hacha en medio de los guerreros: la tierra se abrió para tragarla, y se la oía bajar retumbando por sus negras profundidades. Los capitanes franceses admiraron atónitos el valor del anciano, quien ya entre los suyos, le dirigió este discurso:

«¡Natchez, á las armas! Demasiado tiempo hemos permanecido sentados en la estera! ¡Juventud! ¡Corra hoy el aceite por tus cabellos, pintense tus rostros, lénense sus carcajes, y á tus cantos bélicos retiemblen los bosques. ¡Desagraviemos nuestros muertos!»

«Cubierto de eterna infamia vive el que huye; las mujeres le presentan el paño que cubre el pudor, y se sientan en el consejo en medio de las matronas. Mas, ¡cuán honrado se ve el que sucumbe en defensa de su patria! Sus huesos son recogidos en pieles de castor y depositados en el sepulcro de sus mayores; su memoria se confunde con la de la religión protegida, la libertad defendida y las mieses recolectadas. Las doncellas dicen al esposo á quien en la montaña elijen: ¡Asegúrame que imitarás á ese héroe! Su nombre es la garantía de la felicidad pública y el resorte de las alegrías secretas de las familias.»

«¡Sénos favorable, Areskouí! tu maza está armada de dientes de cocodrilo; el cuchillo esterminador pende de tu cintura; tu aliento exhala como el de los lobos el hedor de la carnicería, pues bebes el caldo de la carne de los muertos en el cráneo del guerrero. ¡Inspira á nuestros hijos el irresistible deseo de morir por la patria; sientan una viva alegría cuando el hierro del enemigo les atraviese el corazón!»

Así habló, ó por mejor decir, así cantó Adario, á quien los salvajes respondieron con prolongados ahullidos. Cada cual ocupó su puesto y esperó la orden de ponerse en marcha. El gran sacerdote, asiendo una antorcha, se adelantó algunos pasos; su túnica, manchada con la sangre de las víctimas, cruja en el

aire; las serpientes, que tenía el poder de encantar, salieron silbando de su pecho y se enlazaron en derredor del simulacro del ave nocturna que terminaba su cabellera: no de otro modo han pintado los poetas la Discordia, entre los batallones de griegos y troyanos. El sacerdote entonó la canción de guerra, que repitió el batallón de los Amigos; tal, en las aguas del Eurotas, los cisnes de Apolo cantaban su último himno, al prepararse á reunirse á los dioses.

Entonces, el príncipe de las tinieblas llamó al Tiempo y le dijo: «Potestad devoradora, á quien he dado el ser; tú que te alimentas de siglos, de tumbas y de ruinas; rival de la Eternidad que domina la tierra y el infierno; ¡Oh Tiempo! ¡oh, hijo mio! Si me he preparado hoy abundante pasto, secunda los dignos esfuerzos de tu padre. Tú ves la debilidad de nuestros hijos: sus escasas fuerzas están espuestas á una destrucción que desconcertaría nuestros proyectos: vuela á los dos flancos del ejército indio, corta los antiguos bosques para hacer una muralla á los Natchez, é inutiliza la superioridad numérica de los adoradores de nuestro implacable enemigo.»

El Tiempo obedeció: y bajando, á los bosques con el estruendo de un águila que azota con sus alas las ramas de los árboles, los dos ejércitos oyeron su pavoroso descenso; llenas de terror las almas. Oyéronse luego resonar en la espesura del desierto los redoblados golpes de ese inexorable leñador, que así mina los monumentos de la naturaleza como los que el hombre fabrica. Este padre y destructor de los siglos derribó los pinos, las encinas y los cipreses, que espiraron con sordos mugidos; las soledades de la tierra y del cielo quedaron desnudas al perder las columnas que los unían.

Este prodigio asombró á los dos ejércitos: los franceses le tomaron por el desolador efecto de un nuevo huracán, mientras los Natchez vieron en él la ostensible protección de sus genios. Adario exclamó: «Los manítus se declaran por los oprimidos; ¡marchemos!» A estas mágicas palabras, estremeciéndose todo: y los franceses, formados en batalla, se maravillaron al ver aquellos hombres medio desnudos que avanzaron cantando, contra la artillería y la centellante bayoneta. ¡Qué valor inspiras, santo amor de la patria!

LIBRO DÉCIMO.

Los Natchez se acercaban ya al enemigo. Chepar hizo una señal: el centro del ejército se replegó y descubrió los cañones; al pié de cada bronce, mostrábase inmóvil un guerrero, empuñando la encendida mecha; la infantería ejecutó una rápida maniobra, y los granaderos de la primera fila pusieron una rodilla en tierra; las otras dos filas giraron oblicuamente y presentaron por los claros de la línea el costado y las armas á los indios. A este movimiento, los Natchez se detuvieron cesando en su gritería: un silencio y una inmovilidad formidables reinaban en ambas partes, y solo se escuchaba el bronco rumor de las alas de la Muerte que sobre los mudos batallones se cernía.

Cuando la ardiente canícula desarrolla en los mares mejicanos el viento pestilencial del Mediodía, este viento mortífero exhala un soplo húmedo y abrasador: la naturaleza se encapota, los paisajes se agigantan; la roja luz de los trópicos se esparce sobre las aguas, los bosques y las llamas, las nubes penden en enormes grupos de los dos horizontes del cielo; parece haberse levantado para siempre sobre el mundo un mediodía devorador, y júzganse ya próximos los tiempos anunciados del incendio final del universo: así se mostraban los ejércitos detenidos frente

á frente, y prontos á cargarse con furor. Mas la espada de Chepar ha brillado... ¡Musa! ¡alienta mi voz, y arranca al olvido los nombres de aquellos guerreros dignos de ser conocidos del porvenir!

Un humo blanco del que á cada instante se escapaban fugaces y vivas ráfagas de fuego, envuelvió al punto á los guerreros, y un olor de pólvora que estimulaba el ardor bélico, se estendió en todas direcciones. Oíase el grito de los indios, la voz de los franceses, el relincho de los caballos, y el silbido de las balas y las bombas que subían al cielo despidiendo siniestra luz.

Mientras los natchez conservaron plomo y pólvora, sus tubos, tomados á la Europa, no dejaron de vomitar fuego en la certera mano de sus cazadores; todos los golpes que dirigía su ojo práctico, llevaban el luto al seno de otras tantas familias. Menos seguros eran los disparos de los franceses; las bombas se cruzaban en los aires sin efecto alguno, como la emplumada pelota que los niños se envían al golpe de la pala. Folard se mostraba sorprendido al ver la inutilidad de su arte, y Chepar al ver la tenaz resistencia de los salvajes. Pero cuando estos hubieron agotado las semillas de fuego que de los pueblos de Albion recibieran, Adario gritó con potente voz:

«¡Jóvenes guerreros de las tribus de la Serpiente y del Castor! ¡seguid á vuestros padres que van á abrirnos un ancho camino!» Esto diciendo, cayó á la cabeza de los sachems sobre los hijos de las Galias. Outougamiz que le oyera, volvióse á sus compañeros y les dijo: «¡Amigos! imitemos á nuestros padres! Y seguido de toda la juventud, se precipitó sobre los franceses.

Bien así como dos torrentes, hijos de una misma tempestad, se despeñan paralelamente por el declive de una montaña y amenazan al mar con idéntico furor, las dos tropas de sachems y jóvenes guerreros atacaron á la vez al comun enemigo; y bien así como el mar rechaza poderosa á los torrentes, el ejército francés opuso su barrera á la vigorosa embestida de entrambos batallones. Entonces empezó un extraño combate. A un lado, todo el arte de la moderna Belona, tal como brillara en las llanuras de Lens, de Rocroy y de Fleurus; al otro, toda la sencillez del antiguo Marte, tal como se mostrara en la colina de las Higueras y en las orillas del Simois. Un viento rápido, barriendo la densa humareda, dejó el campo al descubierto. La fragosidad del terreno, impracticable por los derribados bosques, frustró la pericia y remitió la victoria al mero arrojo personal; los caballos, enredados entre los enormes troncos, se desgarraban ó se rompían los pies; la pesada artillería sepultóse en los pantanos; y rotas mas allá las líneas de la infantería por la impetuosa de los salvajes, y no pudiendo rehacerse sobre un terreno quebrado, fue preciso combatir por todas partes cuerpo á cuerpo.

Dime, ¡oh Caliope! quien fue el primer natchez que señaló su valor en aquella sangrienta refriega.

¡Tú fuiste, hijo magnánimo del gran Sifano, indomable y terrible Adario!

Los salvajes han contado que en los bosques de la Florida y en una isla situada en medio de un lago que estiende sus ondas como un velo de gasa, corre una fuente misteriosa, cuyas aguas pueden devolver su primitiva forma á los miembros encorvados por los años (1) y ennegrecer al fuego de las pasiones los blancos cabellos del anciano. Una eterna primavera reina en las márgenes de aquella fuente: allí los olmos forman con la yedra nuevas amistades; allí las encinas se asombran de contar sus años por la edad de las rosas. Las ilusiones de la vida, los sueños de la juventud, habitan con los céfiros en las hojas de la

(1) Tradición histórica.

liana que forman sobre el cristal de la fuente un velo de sombra. Los perfumes que de los inmediatos bosques se exhalan, son los perfumes de la juventud; las palomas que beben el agua de la fuente y las flores que en su curso riega, tienen sin interrupción huevos en sus nidos, capullos en sus tallos. El astro de la luz nunca baja al ocaso en aquellas encantadas márgenes, pues el cielo está entreabierto siempre por la plácida sonrisa de la Aurora.

A esta fuente, cuya celebridad atrajo los primeros pasos de los europeos á la Florida, fue el genio de la patria según la relación de los natchez, á buscar un poco de agua para derramar en medio de la batalla algunas gotas sobre la cabeza del hijo de Sifano. El sachem sintió circular por sus venas la sangre de su primera juventud; su planta adquirió rapidez, su brazo estendióse ágil, y su mano recobró el mismo vigor que su corazón.

Servía en el ejército francés un joven llamado Silvestre, á quien las amarguras de un amor sin esperanza habían arrojado á aquellas apartadas costas, para en ellas hallar la gloria ó la muerte, pues el opolento Aránville habíase negado pertinaz al enlace de su hijo con la desvalida Isabel. Adario descubrió á Silvestre en el momento en que este pugnaba por desasir sus pies de unas malezas; el desapiadado sachem, levantando su maza, descargó un funesto golpe en la cabeza del heredero de Aránville; la cabeza se rompió cual una frágil calabaza bajo el casco de la reacia mula. El cerebro del infortunado mancebo derramóse humeando por el enemigo suelo, y Adario ultrajó á su contrario con estas palabras:

«¡Lástima es, en verdad, que tu madre no se halle aquí, pues bañaría tu frente en agua de raíz de chimba! Yo que soy un bárbaro, he lavado groseramente tus cabellos en tu sang'el espero, no obstante, que perdonarás mi débil vejez, porque te pugnaba digna tumba.... en el vientre de los buitres.»

Esto dicho, Adario se arrojó sobre Lesbin, á quien hundió su puñal entre la tercera y la cuarta costilla, en el lado del corazón; Lesbin se inclinó como un toro herido por la cuchilla; el sachem apoyó un pie en su cuello, así y tiró hácia sí con una mano la cabellera del guerrero, y con la otra la cortó con una parte del cráneo; y colgando de su cintura el horrendo trofeo, asaltó al valiente Huberto que le esperaba: con un golpe de su robusta rodilla Adario le maltrató un costado, y mientras Huberto rodaba por el polvo, el indio le derribó al filo de su hacha ambos brazos, y le dejó espirar rugiendo.

Semejante á un lobo que habiendo devorado un cordero, solo respira la sed de matanza, el sachem descubrió al abandonado Gedoin, y con una flecha le clavó la mano en el asta de la bandera francesa. Hirió luego á Ademar, el hijo de Carlos. Habitante de las orillas del Dordoña, Ademar había sido criado con el mayor regalo por un padre anciano cuyo único apoyo era, y á quien sostenía con el honroso sueldo dado á sus leales servicios. Pero Carlos no debía estrechar otra vez entre sus brazos al hijo amado, á su regreso de lejanas tierras. El hacha del sachem, alcanzando á Ademar en el rostro, le arrebató parte de la frente, de la nariz y los labios. El soldado permaneció algún tiempo en pie, objeto de pavor entre sus aterrados compañeros; tal se muestra un abedul descortezado por los salvajes en la primavera: el tronco, medio desnudo y teñido de una savia roja, se hace descubrir á lo lejos entre los árboles del bosque. Ademar cayó sobre su mutilado semblante, y la noche eterna cubrióle con su manto.

Como una jabalina de Cilicia, ó como un tigre del desierto de Zahara que defiende sus cachorros, Adario, redoblando en furor á la vista de sus proezas, exclamó: «¡Ved aquí cómo pereceréis todos, viles extranjeros! ¡Tal es la suerte que os reservan los nat-

chez! Y al mismo tiempo arrancó un mosquete á Kerbon, y le hundió la bayoneta en la boca; el triple cuchillo atravesó el paladar y salió por la parte superior del cráneo de la pálida víctima, cuyos ojos se abrieron y se cerraron con penoso esfuerzo. Adario abandonó el arma y el cadáver, que quedaron separados y en pie como las piernas de un compás.

Levantando luego una piedra tan enorme que dos europeos la llevarían con trabajo para señalar el límite de algunos juegos en una fiesta pública, el sachem la arrojó con tanta ligereza como una flecha contra el hijo de Malherbe. La piedra rodó y rompió las piernas del soldado, que hirió el suelo con su frente, mordiendo en su dolor los ensangrentados zarzales. ¡Oh Malherbe! ¡La guadaña de la muerte te segó en tus floridos años! ¡Empero mientras las Musas conserven el poder de encantar á los pueblos, tu nombre vivirá tanto como los de los franceses inmortalizados por tu ilustre abuelo!

Adario se abrió paso por donde quiera, con el hacha, la maza, el puñal ó la flecha. Geblin, ébrio de gloria; d'Assas, de héroe nombre; el imprudente d'Estaing, que no hubiera temido desafiar al mismo Marte; Marigny, Comines y Saint-Alban cedieron al hijo de Sifano. Animados por su ejemplo, los Natchez acudían bramando cual toros indómitos, y brincando como leopardos. La tierra se descarnaba bajo los redoblados y furiosos pasos de los guerreros; negros remolinos de polvo esparcían de nuevo la noche sobre el campo de batalla; los rostros estaban ennegrecidos, rotas las armas, desgarrados los vestidos, y el sudor corría por la frente de los soldados.

Entonces el cielo envió el espanto á los franceses. Febriano, que peleaba delante del sachem, fue el primero que empuñó la fuga, y los soldados, ya sin dirección ni jefes, abrieron sus filas.

Adario y los sachems penetraron en ellas con un estruendo semejante al de las olas que chocan en las ennegrecidas estacas clavadas delante de las murallas de una ciudad marítima. Chepar, que vió desde la cresta de una colina la derrota del ala izquierda de su ejército, mandó avanzar á d'Artaguette al frente de sus granaderos. Al mismo tiempo, Folard que había conseguido salvar algunos cañones, los colocó sobre un cerro descubierto y empezó á lanzar metralla sobre los sachems.

Tú adivinaste el designio del jefe de los franceses, ¡denodado hermano de Celuta! y para salvar á tus padres, te arrojaste, auxiliado por algunos indios, contra la tropa escogida. Tres veces los camaradas de Outougamiz intentaron romper el batallón de los granaderos, y tres veces se estrellaron en la impenetrable masa.

El amigo de René dirigió al cielo estas palabras: «¡Oh genios! si nos negais la victoria, no nos negueis la muerte!» Terminada su breve plegaria, acometió á d'Artaguette.

Dos corceles, hijos del viento y amantes de una yegua, hija de Eolo, no bien se descubren en la llanura corren á encontrarse con agudos relinchos. Al confundir su abrasada respiración, se encabritan, se abrazan, cubren de espuma y de sangre sus crines y procuran devorarse; luego, desprendiéndose para atacarse de nuevo, volviendo la grupa y levantando sus erizadas colas, chocan en los aires sus cascos, y despiden centellas los semicírculos de metal que cubren sus mortíferos pies. Así luchaban d'Artaguette y Outougamiz; tales eran las ráfagas de luz que saltaban del acero de sus cuchillas. Los rayos que Folard fulminaba les obligaron á separarse, sembrando el desorden en las filas de los mancebos natchez.

«¡Tribus de la Serpiente y de la Tortuga, gritó el hermano de Celuta, sostened el ataque de d'Artaguette, mientras marchó con los aliados, á apoderarme de los truenos!»

Dijo. Los guerreros aliados le seguían de dos en dos, avanzando hácia la colina donde Folard les esperaba. ¡Intrépidos salvajes! si mis cantos resuenan en el porvenir; si he recibido alguna chispa del fuego de Prometeo, vuestra gloria durará entre los hombres tanto tiempo cuanto el Louvre domine las olas del Sena; tanto, cuanto el pueblo de Clovis continúe siendo el primero del mundo; tanto, cuanto viva la memoria de esos labradores que acaban de renovar el milagro de vuestro arrojito en los campos de la Vendée. (1)

Outougamiz empezó á trepar la colina, desapareciendo en breve en un torrente de fuego y de humo: así se elevaba Hércules al Olimpo, en las llamas de su pira; así, en el camino de metal, ya próximo al templo de las Eumónides, una tempestad arrebató á Edipo á la mansión de los dioses. Nada detenía á los indios, cuyo peligro aumentaba á proporción que se acercaban á las homicidas bocas. A cada paso la muerte segaba algunos de los que al asalto subían: Tansou, que manejaba un arco de cedro, fue partido en dos trozos por una bala, como la espiga rota por la mano de un niño. Kioussé, que próximo á enlazarse en las cadenas del himeneo, había estinguído ya la antorcha en la cabaña de su futura esposa, vió súbitamente aplastados sus ágiles pies, y cayó desde una roca á una tierra pantanosa, donde quedó enterrado hasta la cintura; Tani fue herido en la cabeza por un globo de metal, y su arrebatado cráneo fue á colgarse por los cabellos á la florida rama de un arce.

De todos aquellos guerreros, era Sepino el que seguía á Outougamiz con mayor arrojo. Este héroe descendía de Oekala, antiguo rey de los siminolos. Oekala tuvo tres hijos: Nape, que escudía en velocidad á los corzos; Teran, que se uniera á Nitianis, cuyo seno cerraron los espíritus estériles, y Escouta, último de los tres hijos de Oekala. Escouta tuvo de la casta Nibila á la encantadora Elisóe y al orgulloso Alsinapo, padre de Sepino. Este fogoso salvaje había prometido á su madre llevarle la cabellera del general de los franceses; pero habiendo olvidado hacer sacrificios á los Genios, no debía volver á la cabaña paterna. Una bala le hirió en las estremidades inferiores, y derribado en tierra, se revolvió sobre sus entrañas. Su amigo Telaza le alargó la mano para ayudarle á levantarse; pero otra bala que iba á herir á Outougamiz arrancó el brazo protector.

Solo quedaban ya sesenta guerreros de la tropa que embistiera la colina que vomitaba destructores rayos; pero al fin llegaron á la cima. Outougamiz, rompiendo por entre las bayonetas que Folard oponía á sus esfuerzos, fue el primero que se arrojó sobre un cañón, derribando la cabeza del ciclope que iba á aplicarle la mecha; y abrazando el ya inofensivo tubo, llamó á sí á los intrépidos salvajes. Empeñóse allí una espantosa carnicería de franceses é indios. Folard gritaba á los primeros: «¡Qué ignominia será la vuestra si quedais vencidos!» Outougamiz gritaba á los segundos: «¡Un momento mas de arrojo, y la victoria será nuestra!»

Oíase el chirrido de la sangre que se evaporaba al caer sobre la máquina candente por cuya posesión se batallaba, mientras las nutridas descargas de los mosquetes y las baterías convertían la colina en un caos aterrador. Tales son los mugidos, las tinieblas y los resplandores del Etna; al despertar el volcán: un cielo de metal, del que descende parda nube de ceniza, se aplana sobre los oscuros campos en cuyo centro arde la montaña como una antorcha funeraria; estensos rios de cárdeno fuego surcan las movibles llanuras: hombres, ciudades y montes desapare-

(1) En este pasaje se advierte la época en que se escribió este libro.

recen, y Vulcano, vencedor de Neptuno, hace hervir los mares sobre sus abrasados hornos.

Todos los furiosos de la guerra se aglomeran pavorosos en torno del bronce conquistado por el heroico hermano de Celuta. Los indios pugnan por mover la ponderosa mole para precipitarla desde la colina: abrázala estos por la boca devoradora; empujan aquellos las robustas ruedas, que abren en el suelo profundos carriles; quienes vuelven contra los franceses las armas que les han arrebatado; quienes se hacen despedazar sobre el cañon, en que ruedan los humeantes cerebros, los girones de carne y los fragmentos de huesos. Cada soldado, ennegrecido por la incendiada pólvora, se mira cubierto de amiga y de enemiga sangre. Sujétanse por los cabellos, acométense con piés y manos, y el que ha perdido los brazos, se vale de sus dientes para prolongar la lucha en aquel horrendo festin de la muerte. Ya Folard está herido; ya el heroismo de algunos salvajes triunfaba de toda la táctica europea, cuando un granadero logró dar fuego al disputado tubo. Al punto, la culebra de bronce vomita sus entrañas exhalando un postrer rugido; y, cumplido su destino, truena, destroza, derriba y estermina la mayor parte de los guerreros que la rodean. Oyóse tan solo un grito, al que siguió un formidable silencio.

Dos poderosas escuadras que se disputan el imperio de Neptuno, al encontrarse en la embocadura del antiguo Egipto, traban rudo combate al llegar la noche. En breve, un bajel se enciende por la centellante popa, y á la luz del movable incendio se divisa el mar de color de sangre y cubierto de despojos; la playa está poblada por las naciones del desierto; las naves, ó desmanteladas ó flotando á flor de agua, abandonan ardiendo su rumbo. Muje de repente la incendiada embarcación: hiéndose su enorme casco y arroja hasta el cielo los tubos de metal, los abrasados pinos y los cadáveres de los marineros; la noche y el silencio reinan un momento despues sobre las olas. Solo Outougamiz sobrevivió á los suyos, despues de la esplosion del rayo: y como intentase arrojar sobre los franceses, el Genio de la amistad hizo resonar en el fondo de su alma esta reconvenccion: «¿A dónde corres, insensato? ¿qué beneficio puede prestar ahora tu muerte á la patria? Reserva tamaño sacrificio para ocasion mas propicia, y recuerda que tienes un amigo.» Conmóvido por estos tiernos sentimientos, el hijo de Tabamica saltó de la colina el rio, y reanimado por la frescura de las aguas, incorporóse con los guerreros que no habian cesado de combatir contra d' Artaguette.

Los sachems, no menos prudentes que denodados, temiendo verse cortados en su retirada, habianse reunido á los batallones de sus hijos. Adunados todos, sostenian con harta dificultad los esfuerzos de Beaumanoir, que alcanzaba por parte de los franceses el honor de la jornada. Beaumanoir tenia por antepasado al famoso caballero breton que bebió su sangre en el combate de los Treinta. Doce generaciones separaban á Beaumanoir de tan ilustre origen: Estéban, Mateo, Carlos, Roberto, Godofredo, el segundo Estéban, Pablo y Francisco que sucumbió en Farnac; Jorge, el Balafre, Tomás, Francisco, segundo de su nombre, y Juan el Solitario, que habitaba en el torreón desde donde se descubre la colina aislada, (1) á que ciñen majestuosa corona las ruinas de un templo druídico.

Armado de una maza, á semejanza del enemigo, Beaumanoir diezaba las filas de los Natchez: el mismo Adario sostenia escasamente su saña. Ya el viejo Nabal, el rico Lipoé, que poseia doscientas

(1) El Monte-Dol.

pieles de castor, treinta arcos de rica madera y tres cabañas; Ouza, de la tribu de la Serpiente; Arimato, que ostentaba un águila azul sobre su pecho, una perla en su labio y vistosa diadema de plumas sobre su cabeza: todos estos guerreros habian perecido bajo las garras del leon Beaumanoir.

Distinguíase en el ejército natche un temible sachem, el fornido Nipano, cuyo arrojo secundaban sus tres hijos: Tanitiano, de recortadas orejas; Masinaika, predilecto de su madre, y el gran Ossani. Los tres Nipánidas avanzaban á la cabeza de los salvajes, disparando agudas flechas contra los franceses, y retirándose luego al abrigo del valor paterno. Una serpiente de abigarrada piel y de sonora cola que descansa á los ardores del sol, vela sobre sus hijos que en su derredor se solazan: si se escucha algun súbito rumor, los tiernos reptiles se refugian en la boca de su madre, y el amor los cobija de nuevo en el seno de que les ha hecho salir: tales eran Nipano y sus hijos.

Al punto en que los tres hermanos se disponian á embestir á Beaumanoir, este cayó sobre ellos cual el milano sobre unas tiernas palomas. Nipano, que advirtió el movimiento del guerrero francés, adelantóse á proteger los objetos de su vigilante cariño. Al verse privado de una victoria que consideraba segura, el soldado breton se encaminó al sachem y le derribó al golpe de su maza.

Al ver tendido á Nipano, los natchez prorumpieron en un sordo grito: Tanitiano, Masinaika y Ossandi arrojaron á la vez sus flechas contra el verdugo de su padre; Beaumanoir se inclinó hácia delante para evitar la muerte, y cayendo sobre los tres jóvenes salvajes, les inmólo á su furor.

Recobrado Nipano de su parasismo, pero derramando sangre por ojos y nariz, no pudo, venturoso en su desgracia, ver á sus hijos, que á su lado yacian. «¡Oh hijos míos! exclamó con espirante voz, ¡libradme cuando fallezca, de la cólera francesa! ¿Hay objeto alguno mas digno de compasion que un sachem derribado por Areskou? Los enemigos cuentan sus nevados cabellos é insultan su cadáver y le dicen: ¡Insensato! ¿por qué abandonaste el obáculo de encina? Desnudadlos y se chancean sobre los inanimados restos del anciano.» Nipano espiró dirigiéndose en vano á sus hijos, y al llegar á la mansion de los finados, gimió al hallar aquellos hijos que le precedieran en la tumba.

El gran sacerdote, armado de una antorcha reunió los salvajes en derredor del yerto Nipano. Adario y Outougamiz se apoderaron del cadáver, pero Beaumanoir asió con una mano al sachem y le obligó á soltar su presa, mientras con la otra levantó la ensangrentada maza. Adario retrocedió y logró eludir el golpe: en aquel instante el cielo marcó el fin de la gloria y de la vida de Beaumanoir, pues Adario dividió al filo de su hacha la cabeza de su enemigo: el breton sintió que el aire penetraba en su pecho por un conducto desconocido, y que su corazon palpitaba al descubierto. En blanco sus ojos, contrajo sus labios; rechinaron sus dientes, su mano soltó la maza; cayó; la vida le abandonó y la muerte hizo cundir por sus miembros una rigidez glacial.

Adario, arrojándose sobre el ya inerte Beaumanoir, para arrancarle la cabellera, gritó: «¡Natchez, acudid! ¡Nipano está vengado!» Los salvajes rompieron en prolongados clamores, y atacaron de nuevo. Los tambores franceses batieron el paso de carga, al compás de la música y de los clarines; y d' Artaguette, haciendo bajar las bayonetas á sus granaderos, avanzó para proteger el cadáver de su leal camarada. La lucha allí trabada fue espantosa: Lameck recibió debajo de un costado una estocada, al asir por los piés el cadáver de Beaumanoir; rota la membrana que sostenia las entrañas de Lameck, este in-

dio espiró en medio de acerbos dolores, y un duro sueño cerró sus ojos.

No menos lastimosa fue la suerte del noble Yatzi, guerrero que descendia de los reyes Vendates, que reinaron en los grandes lagos. Cuando los iroqueses invadieron el territorio sometido á sus padres, su madre le salvó en una piel de oso, y llevándole á través de las montañas, se presentó como suplicante en los hogares de los Natchez. Criado en estrañas regiones, Yatzi desplegara al salir de la infancia la generosidad de un rey y el denuedo de sus antepasados: su choza estaba abierta á todos los desvalidos, porque lo habia sido, y la soledad no tenia un corazon mas hospitalario.

Yatzi vió en las filas enemigas un francés á quien en otro tiempo habia recibido en su estera: el hijo del destierro, tomando de su cintura un calumet de paz, adelantóse para renovar la alianza de la cabaña; mas, el francés que no le reconoció, asestóle una pistola al pecho, y prendiendo el cebo, la bala rompió su corazon. Yatzi, envuelto en súbita noche, rodó á los piés de su antiguo huésped. Su alma vagó en sus labios, al volar al cielo que acogió propicio al cansado viajero.

Ebrío de cólera, Siego otro desterrado de los bosques canadienses; Siego, que habia nacido bajo un árbol (porque los dolores del parto habian asaltado á su madre al ir á la fuente), Siego se propuso tomar una venganza estrepitosa de la catástrofe de su amigo; ¡el insensato corria á su perdicion! una bala estraviada le taladró la bolsa de la hiel. El guerrero experimentó al punto en su lengua un intenso amargor, y su espirante aliento hizo subir, como por el resorte de una bomba, la sangre que acudió lirbiendo á sus labios. Sus rodillas vacilaron y cayó tranquilamente sobre el infortunado Yatzi, que con su postrera convulsion le estrechó entre sus brazos: así reposa la abeja en el cáliz de la milagrosa dioncea; pero la flor se cierra sobre la hija del cielo y la ahoga en un velo perfumado.

Los indios, por su parte arrebatában la vida á multitud de franceses y escardaban el campo de batalla, pues á la superioridad del arte oponian las ventajas de lanaturaleza; y aunque sus golpes eran menos numerosos, eran mas certeros. No les perjudicaba el clima; los lugares en que peleaban eran los en que se habian ejercitado en los juegos infantiles; todo les servia de arma, de parapeto ó de apoyo; nadaban con rara agilidad y se deslizaban ó volaban por la tierra. Ya ocultos entre las yerbas, ya encaramados en las copas de las encinas, burlábanse de la bala que pasaba impotente sobre su cabeza ó bajo sus piés. Sus gritos, sus cantos, los sonos de sus chichikoués y sus pifanos, anunciaban otro Marte, pero un Marte no menos temible que el de los franceses. Los cabellos afeitados ó trenzados de los indios, las plumas y otros adornos con que se engalanaban, los colores que pintaban sus rostros, los ceñidores en que brillaba el hacha formidable ó de que pendian la maza y el cuchillo, formaban un singular contraste con la pompa guerrera europea. Algunas veces los salvajes acometian simultáneamente, llenando el espacio que del enemigo les esperaba con ademanes y con danzas guerreras; otras, acudian uno á uno á pelear con un contrario que les parecia mas digno de experimentar su valor.

Outougamiz volvió á distinguirse en aquella renovada refriega, y al observar la fuerza y el entusiasmo que desplegaba, pudiera tomarse por un guerrero que acababa de abandonar el reposo del hogar doméstico. Su hacha estaba formada de un mármol afilado con gran esmero por Akomanda, abuelo del héroe, y habia sido luego clavado en el hendido tallo de un renuevo de pino, que al crecer se habia cerrado sobre la piedra; y cortado en la longitud de un tiro de

flecha, era un instrumento de muerte en la mano de los guerreros.

Outougamiz hizo girar sobre su cabeza el arma hereditaria, y arrojándola voló impetuosa á herir á Valbel mas abajo de la oreja izquierda, cuya vértebra rompió. El soldado amante de la gloria inclinó la cabeza sobre el hombro derecho, mientras su sangre enrojéció su brazo y su pecho: diríase que se habia dormido sobre las copas de vino derramadas, como le era grato hacerlo, en las orgias de los festines.

El ágil salvaje siguió el hacha, y volviendo á tomarla descargó un tremebundo golpe sobre Bois-Roberto, cuyo pecho se abrió como el de una blanca víctima bajo el cuchillo del sacrificador. Bois-Roberto tenia por abuelo al guerrero que escalara las rocas de Fecamp; apenas frisaba en los diez y siete años; y su madre, sentada en la costa de la Francia, habia mirado mucho tiempo, vertiendo lágrimas el bajel que le robaba el hijo de su amor. Outougamiz se conmovió al ver la palidez del jóven y la gracia de aquella rubia cabellera que prestaba sombra al lánguido rostro, y que bajaba cual un negro velo sobre sus ojos cubiertos ya por sus largos párpados.

«¡Pobre avecilla, le dijo, que te cubrias apenas de una leve pluma, has caído de tu nido! ¡No cantarás mas sobre la flexible rama! ¡Ojalá tu madre, ¡si la tienes, perdóna á Outougamiz! ¡Cruel es el dolor de una madre! ¡Ay! tú eras casi de mi edad! Yo tambien habré de morir; pero los espiritus son testigos de que ningun odio abrigaba contra tí; si he consumado este mal ha sido por defender la tumba de mi madre.» Así hablabas sencillamente y tierno salvaje, mientras tus ojos se anegaban en lágrimas. Bois-Roberto oyó tu sencillo elogio fúnebre y sonrió al exhalar su postrer suspiro.

En tanto que vencidos y vencedores, los franceses y los natchez proseguian en todas direcciones su frenética lucha, Chepar mandó á los dragones ligeros se apeasen y alejasen los árboles y los cadáveres, para abrir paso á la caballería pesada y al batallon helvético. Esta orden fue al punto obedecida. Hicieronse rodar con esfuerzo y se levantaron, por medio de palancas formadas aceleradamente, los troncos de las encinas, los cañones y los pedazos de cureñas: abrióse un canal á las aguas con que el rio habia inundado la llanura.

Los inofensivos castores se apresuran en sus solitarios valles á terminar un trabajo comun: estos sierran los abedules y los derriban sobre una corriente para construir un dique; aquellos acarrean en su cola los materiales destinados á los arquitectos; los palacios de la Venecia del desierto se alzan sobre las aguas; los fabricantes del lujo cubren los pavimentos con una fresca yerba y preparan las salas del baño, mientras los constructores edifican mas lejos, á la márgen del lago, los agradables castillos del campo. Otros castores, llenos de la esperiencia que dan los años, dirigen los trabajos de la república, hacen preparar los almacenes de viveres, colocan centinelas avanzadas para la seguridad del pueblo, recompensan á los ciudadanos solícitos y destierran á los holgazanes: así se veia á los franceses trabajar en el campo de los combates. Formáronse por donde quiera altas pirámides, en que los guerreros segados por el cuchillo fueron aglomerados al azar; unos tenían el rostro vuelto hácia la tierra que estrechaban con sus rígidos brazos; otros dejaban flotar sus ensangrentados cabellos en el vértice de las fúnebres pirámides, como las plantas humedecidas por el rocío penden de los peñascos; quienes estaban vueltos de un lado; quienes parecia miraban al cielo con estraviados ojos, fijas en sus inmóviles facciones por la mano de la muerte las convulsiones de la fugitiva existencia. Las cabezas separadas del tronco y los mutilados miembros llenaban los huecos de aquellos

tristes trofeos; y la cuajada sangre amasaba aquellos espantosos monumentos del furor humano y de la cólera celestial. Asaz diferentes se muestran en risueña campiña esos manojos de yerbas y flores segadas por el haz del rústico campesino: Flora, dirigiendo un rastrillo convida á los pastores á las danzas de la primavera, y las zagalas se hacen conducir sobre él, llenas de regocijo.

Sonó la trompeta, y la caballería se lanzó á los caminos que le habían sido abiertos. La tierra despidió un rumor sordo, retumbando bajo la planta, mientras las baterías súbitamente descubiertas murieron á la vez. Los ecos de los bosques multiplicaron la voz de los marciales truenos, y el Meschacebé les respondió azotando sus orillas. Satanás mezcló á este estruendo rumores sobrenaturales, capaces de helar de espanto al mas animoso corazón. No se oyera fragor tan horrendo desde aquel día en que el Caos, obligado á huir al aspecto del Criador, se precipitó á los confines del mundo arrancado á sus entrañas, ni tornará á escucharse hasta que la trompeta del ángel despierte á los muertos en su polvo, rotos á la vez todos los sepulcros para reproducir la macilenta raza humana. Las legiones infernales esparcidas en los aires oscurecieron el sol, que los indios creyeron próximo á su extinción. Estremecidos en su inmensa base, los Andes sacudieron sus témpanos de eternos hielos, y rebramando con furor, entrambos Océanos amenazaron romper el istmo que une las dos Américas.

Seguido de sus centauros, Caussans cayó sobre las filas de los natchez. En una colonia naciente, un labrador, tomando prestados de su vecino algunos jumentos y yeguas, los hace entrar en una quinta donde se muestran regularmente estendidos los haces de trigo; si algunos niños obligan con su alegre vocinglería á los pacíficos animales á pisar las riquezas rústicas, una armonía encantadora reina entre el candor de los niños, la inocencia de los dones de Ceres y la agilidad de los jumentillos que triscan sobre las espigas, en pos de sus madres: así Caussans y sus homicidas caballos pisaron inexorablemente una cosecha de héroes. Y como las abejas cuyos tesoros ha descubierto un oso en las grietas de una encina, se arrojan sobre el ladrón y le atraviesan con el duro aguijón así, ¡oh, natchez! armados de mortífero puñal, opusisteis digna resistencia á los caballeros y á su caudillo, hijo del valiente Enrique y de la amable Laura.

Los caballos atravesados por una granizada de flechas, saltaron, se encabritaron y sacudiendo las sueltas crines frotan la espumosa boca en el taladrado pié, ó levantan al cielo las ensangrentadas narices, orgullosos aun en su dolor guerrero, ya hayan derribado á sus ginetes, ya vuelen con ellos á través del campo de batalla.

Acaso en el ardor que á los combatientes animaba hubiesen perecido todos los indios y franceses, si desde el entreabierto firmamento Catalina de los Bosques que veía aquella matanza, no hubiese levantado sus manos al trono del Omnipotente; entonces hizo oír una voz divina: «Piadosa virgen! cesen tus dolores, pues la misericordia mia brillará despues de mi justicia. Pero en breve, el autor de todos estos males suspenderá, para mejor proseguir sus proyectos, el furor de los guerreros.»

Así resonaron en la eternidad estas palabras que cayeron de sol en sol, y bajaron como una cadena de oro hasta los abismos de la tierra.

Al mismo tiempo, el monarca de los infiernos que creía el combate en el punto adecuado á la realización de sus proyectos, imaginó separar á los combatientes.

Voló, pues, á la gruta en que el demonio de la Noche se oculta mientras el sol vivifica la naturaleza.

La reina de las tinieblas se hallaba á la sazón ocupada en su atavío: los Sueños colocaban diamantes en su azul cabellera; los Misterios ceñían su frente con una diadema de ligeras nubes, y los Amores, atando en su derredor los crespones de su banda, solo dejaban al descubierto uno de sus pechos, semejante al disco de la luna; empuñaba por cetro un ramillete de adormideras. Ora sonreía en silencio profundo, ora hacía resonar cantos como los del ruiseñor; el deleite abría sin cesar sus lánguidos ojos, que sin cesar cerraba un dulce sueño; el apacible rumor de sus alas remedaba el manso murmullo de una fuente ó el leve susurro de las hojas; los céfiros nacían á su aliento. El demonio de la Noche ostentaba todas las gracias del ángel de la Noche; pero no protegia como este el reposo de la virtud, pues solo podía inspirar placeres ó crímenes.

Nunca el monarca de las sombras había visto á su hija tan encantadora. «¡Ángel seductor! le dijo, no es este el tiempo en que debes engalanarte; deja, deja los diamantes que te rodean; y viste tu manto de tempestades. No ignoras lo que me debes: no existías antes de la caída del hombre; ¡tu cuna se mecía en mis tinieblas!» Hija obediente, la Noche se despojó de sus galas y se vistió de vapores y de nubes, como cuando intenta favorecer los amores funestos ó los negros planes del asesino. Unció á su carroza dos buhos que exhalaban doloridos y lastimeros gritos, y conducida por el príncipe de los infiernos, llegó al campo de batalla.

De repente, los guerreros dejaron de verse, y descargaron entre las sombras inútiles golpes. El cielo abrió sus cataratas, y bajando un diluvio de las preñadas nubes, apagado quedó el inflamable polvo de que Marte hace brotar los rayos de la guerra. Los vientos sacudieron con violencia los bosques, pero aquella tempestad no tenía truenos, porque Jehová se había reservado los tesoros del granizo y de los relámpagos.

Cesó el iracundo combate: Chepar mandó tocar retirada, y el ejército francés se replegó tumultuosamente en la oscuridad, retrocediendo á sus atrinchamientos. Cada jefe seguía con su tropa el camino que le parecía mas corto, mientras muchos soldados extraviados se despeñaban en los precipicios ó se ahogaban en los hinchados torrentes.

Entonces la Noche rasgó su velo y aplacó su soplo, esparciendo un dudoso resplandor por el campo de batalla, en que los indios vagaban diseminados. Al pálido reflejo de la luna se descubrían los árboles tronchados por las bombas y las balas, los cadáveres que flotaban en el desbordado Meschacebé, los caballos tendidos ó que corrían al acaso, los furgones, las cureñas y los cañones volcados, las armas y las banderas abandonadas, numerosos grupos de jóvenes salvajes inmóviles y algunos sachems aislados, cuya calva y mojada cabeza despedía una pálida luz. Así, desde la cúspide de la fortaleza de Memphis, cuando el Nilo ha salvado sus orillas, se descubren en medio de las anegadas llanuras, algunas palmeras medio desarraigadas, informes ruinas que salen del seno de las aguas, y el parduzco vértice de las Pirámides.

Los restos de las tribus se retiraron á su vez á los bosquecillos de la Muerte. Outougamiz, penetrando en el sagrado recinto, vió sentado en un sepulcro á un guerrero cubierto de sangre. El hermano de Celuta se detuvo, y preguntó: «¿Quién eres? ¿Eres el alma de algun guerrero derribado hoy por el tomakawh de Areskoui, en defensa de los hogares de nuestros padres?»

La sombra se inclinó sin dar respuesta alguna; el gran sacerdote llegó y adelantóse hácia el fantasma con grandes invocaciones; los salvajes le seguían. De improviso oyóse esta voz: «¡Un blanco! ¡un blanco!»

D' Artaguette, herido en la refriega y extraviado

en la noche, habiase refugiado á los sepulcros de los salvajes. Outougamiz reconoció al francés contra quien había combatido, al francés protector de Celuta, al francés amigo de René. Conmovido por el infortunio de d' Artaguette y deseando salvarle, le reclamó como su prisionero. «No permitiré, dijo, que sea quemado este suplicante! ¡Cómo! ¿Habrá pedido en vano hospitalidad á los sepulcros de nuestros mayores? ¿habría buscado en vano la paz en el lugar inviolable donde para siempre terminan todas las discordias humanas? ¿Qué diría René del país de la Aurora, el hijo adoptivo del sabio Chactas, el amigo que me ha dado la cadena de oro? ¡Aléjate, me diría, hombre cruel, y elije otro compañero para vagar para los valles, que yo no quiero mantener relaciones con los buitres que devoran á los infortunados. ¡No! ¡no bajaré á la mansión de los muertos con este grano negro en el collar de mi vida!»

Así hablaba el hermano de Celuta; pero el inflexible Adario mandó que el guerrero blanco fuese preso y condenado al fuego. Chactas había hecho abollar tan horrorosa costumbre, pero este venerable sachem estaba preso en el fuerte de Rosalia, y los irritados indios solo escuchaban la voz de la venganza. Las mujeres que habían perdido á sus hijos en el combate, rodeaban al extranjero prorumpiendo en dolorosos ahullidos; así se agolpaban las sombras en derredor de Ulises, en las tinieblas cimenterias, anhelando beber la sangre de las víctimas; así cantaban los griegos en torno de la hoguera de la hija de Hécula, inmolada á los manes del desapiadado Aquiles.

LIBRO UNDÉCIMO.

DESCOLLABA sobre una colina situada á corta distancia del campo de batalla, un sicomoro que coronaba su cima: todas las noches acudían millares de palomas á posarse sobre sus ya marchitas ramas. El general del ejército francés resolvió pernoctar al pié de este árbol, y reunir allí el consejo de oficiales para deliberar acerca del partido que debía adoptarse.

Encendióse la hoguera del vivac, apostáronse centinelas á convenientes distancias, y los jefes, que acudieron á la órden de Chepar, formaron un círculo en torno de la hoguera. Al inseguro resplandor de las llamas, veíanse los rostros macilentos y cubiertos de polvo, los uniformes desgarrados y sangrientos, las armas medio rotas, los cascos partidos, los morriones taladrados por las balas, y todo el noble desorden de aquellos valientes capitanes, mientras las palomas fieles á su acostumbrado albergue, lejos de huir del resplandor de la guerra, volaban á descansar entre los guerreros.

La inesperada resistencia de los salvajes había intimidado al improvisor Chepar, que empezaba á temer se había entregado en demasía á las interesadas sugerencias de los colonos. Había empeñado la batalla sin haber recibido una órden terminante del gobernador de la Luisiana, y sin esperar los refuerzos anunciados de Europa. Un número bastante considerable de soldados y muchos oficiales yacían tendidos en el campo de batalla, y la ausencia del capitán d' Artaguette esparcía gran consternación.

La opinión de los jefes que á Chepar rodeaban no era unánime, pues mientras unos querían que se continuase el combate al amanecer, otros sostenían que el castigo impuesto á los salvajes era hartó severo, y añadian que no se trataba de esterminarlos sino de someterlos; en concepto de los que así opinaban, los indios se hallaban sin duda dispuestos á un convenio; y en todo caso, la suspensión de las hostilidades da-

ria á los franceses tiempo para recibir los prometidos refuerzos.

Febriano no se presentó en este consejo, pues su conducta en el campo de batalla le hizo temer la presencia de sus valerosos compañeros de armas; pero el renegado se prometía reconquistar su influencia y su crédito en sus secretas comunicaciones con Chepar.

Ya la hoguera del vivac solo despedía humo: el alba blanqueaba el Oriente; empezaban á cantar las avecillas, y el consejo no había fijado aun su resolución. De improviso, resonó el grito de un centinela avanzado, y al ver correr á algunos oficiales, la guardia principal hizo fuego durante los primeros momentos. Una partida de jóvenes indios acaudillada por aquel Outougamiz cuyo valor había admirado el ejército francés, acababa de presentarse en el puerto. Aquellos guerreros se detuvieron á escasa distancia, y de sus filas salió un hombre cubierto de mortal palidez, con la cabeza descubierta y vistiendo un uniforme francés, salpicado de sangre: era d' Artaguette, que se apoyaba en el brazo de una negra que daba el pecho á un niño; ya en la vanguardia, los indios se retiraron.

Conducido á presencia del general, d' Artaguette habló en estos términos ante el consejo:

«Habiendo sido herido hácia el fin de la batalla, el valiente granadero Santiago me sacó de la refriega; mas como Santiago se hallaba tambien herido, le mandé retirarse, y me obedeció, con ánimo de traerme algun socorro. Al poner la noche terminó al combate, conseguí llegar arrastrándome al cementerio que los indios denominan *bosquecillos de la Muerte*, donde fui hallado por el sacerdote y condenado al castigo de los prisioneros de guerra. En vano intenté salvarme Outougamiz; pero no menos generosa, su hermana logró lo que él no había podido conseguir. Las leyes indias permiten á una mujer rescatar un prisionero, adoptándolo por hermano ó por esposo. Celuta me ha devuelto la libertad y ha declarado que yo era su hermano: esta generosa joven reserva tal vez el otro título á un hombre mas digno de él que yo.»

«Los indios, cuyo hijo adoptivo soy, me han hecho mensajero de palabras de paz. Outougamiz, mi hermano salvaje, me ha escollado hasta la vanguardia de nuestro ejército, y una negra llamada Glazirona, á quien he conocido en el fuerte de Rosalia y que se hallaba entre los Natchez, me ha prestado su brazo para llegar hasta vosotros. No recordaré al general que yo me opuse á esta guerra, pues en su autoridad y su sabiduría ha decidido lo que juzgó mas conveniente al servicio del rey; pero conceptuo que siendo hoy los Natchez los primeros en hablar de paz, el honor de la Francia queda á cubierto. Los indios me han concedido la vida y devuelto la libertad; Chactas puede ser canjeado conmigo, y me será muy satisfactorio el haber servido de rescate á ese ilustre anciano.»

La sangre y el valor del capitán d' Artaguette eran mas elocuentes que sus palabras, y un lisonjero murmullo de aplauso resonó en el consejo. Chepar halló un medio de salir con honor del paso peligroso en que se había empeñado, y declaró que puesto que los salvajes pedían una tregua, concedía á concedérsela, queriendo enseñarles que nunca se recurría en vano á su clemencia. Chactas, á quien se envió á buscar al fuerte de Rosalia, concluyó un armisticio que debía durar un año, durante el cual algunos experimentados sachems y algunos franceses distinguidos por su instruccion se ocuparían en el arreglo de la repartición de las tierras.

Algunos días bastaron para dar sepultura á los cadáveres; pero aunque una naturaleza virgen y vigorosa horró en breve en los bosques los vestigios de